

serian los asuntos y objetos de la predileccion de Alcibiades, siendo como era enamorado del amor, y uno mismo con todo lo á él atañadero. Elena, bordando en el palacio de Príamo las telas de que se viste su ilegítimo consorte, estaba representada á lo vivo. Llega Vénus y le manda salir tras ella : niégase la fugitiva esparciata, y allí la cólera de la diosa. Quién resiste á semejante deidad enojada? Cúbrese con su velo la angustiada Elena, y en silencio la sigue al palacio de Alejandro.

Otro cuadro representa á este hermoso canalla, no refugiado en su palacio, sino cuando iba á combatir de persona á persona con el rubio Menelao, habiéndoles dado campo y plaza Agamenon y Príamo, y repartiéndoles el sol Héctor y Ulises. París, alto y firme, está allí, cubiertas las espaldas con la piel de leopardo que todos conocen en la Iliada. El yelmo resplandece en su cabeza, ondeando al aire las crines de caballo negras y relucientes que le sirven de penacho. Arco y carcaj cuelgan de sus hombros, la espada á la cintura. A quién no infundiera pavor ese guerrero con tan terribles armas y porte tan airado? Vencido será el cobarde, y en brazos de mujer ajena irá á desplegar el esfuerzo que le falta en la batalla.

El viejo Príamo, en el acto de salir con Antenor por la puerta Escea en su dorado carro, asunto es de otra pintura : las crudezas de la guerra y los triunfos del placer, sin orden ni sucesion, adornan las paredes de la casa de Alcibiades. Un cuadrito elegiaco interpuesto

entre recuerdos sangrientos de la guerra, hacia figura deliciosa en ese concurso de obras maestras. Era la cervatilla de Cipariso muriendo de la flecha que Silvano acaba de arrojarle al costado. El animal no espira aun : caido de largo á largo en el suelo, sus grandes ojos llenos de lágrimas se vuelven á la parte por donde asoma su dueño, el dolor y la muerte en el rostro. Muere la cervatilla, y muere allí luégo el niño Cipariso. Silvano está para volverse loco, viendo á sus piés los dos cadáveres, y se queda sobre ellos en mudo asombro, despues que ha pasado el arranque de desesperacion.

Este aposento sirvió de comedor para el banquete de Alcibiades : todos se hallaban presentes, ménos Sócrates ; mas como la hora fuese pasada, se pusieron á la mesa, no sin echar de ménos á su amigo. Si viene ? si no viene ? El maestro es puntual, Fedon, respondió Alcibiades. Xantipa será quien nos haga saber el motivo de esta ausencia.

Ya, repuso Fedon : ella trae siempre en la manga lo que ha menester para frustrarle á su marido una salida de cualquier linaje. Admírame que le hayamos tenido dos veces entre nosotros estos dias.

La tercera le pareció abuso de autoridad á la condescendiente Xantipa, dijo Cerécrates : si no le ha escondido la capa, le ha quitado los zapatos el instante que salia.

De corazon es buena : tan luégo como le pasa la cólera, se echa á llorar, y con esto le trae las lágrimas á los ojos á su víctima.

Tú sabes muchas cosas de éstas, como su amigo

familiar? Oh Cármidas, cuéntanos algunas de las mejores.

Las contaría en su presencia, Cerécrates: ausente el maestro, silencio es lo más respetuoso yendo de Xantipa.

Antístenes recordó que más de una vez le había sucedido á Sócrates estar andando á prisa, á ocupacion urgente quizá, y quedarse de súbito parado, embebido profundamente en ideas y reflexiones con él sólo familiares. No habeis puesto en olvido cómo sus discípulos Fedon y Cerécrates, á ruego de Xantipa, echaron un día á correr la ciudad de Atenas en busca del maestro diez horas ausente de su casa.

Y digo cómo y en dónde le hallamos! respondió Fedon: en el pórtico del templo de Minerva, inmóvil como cuerpo sin alma, recogida la mirada, caída sobre el pecho la cabeza, si no le tocamos repetidas veces, no vuelve al mundo.

Los dioses le causan esos arrobamientos que le hurtan, en cierto modo, á la vida terrenal, dijo Xenofonte: quién sabe si cuando de aquí salimos esta tarde le hallamos por ahí en uno de esos éxtasis celestiales?

Todo puede ser, amigos: mientras Sócrates nos es restituido por los dioses, bebed conmigo á su salud?

No puedes proponer asunto más grato, Alcibiades, respondió Fedon. Donde falta Sócrates¹, falta la sabiduría; mas no es necesario que nos falte el vino.

Faltar? replicó Alcibiades: eso me da que me lo pidais de Histiea ó de Epidauro. Sobre los pichones que acabamos de comer, ciertamente, un vaso del primero viene de perlas. Sabeis que estos polluelos son de las palomas de Tisbe?

Ya me lo estaban diciendo la suavidad y el sabor de tan gustoso bocado, respondió Antístenes: de estas cosas, para los pobres.

Para los pobres... El asunto vino sin pensarlo á la pobreza.

Y cómo no, Alcibiades? no ves que yo no me regalo tarde y mañana con estas gollerías?

Tomamos por el maestro: salud! dijo Fedon; y á un tiempo aprehugaron todos el delicado *histiea*.

Ruégoos, amigos, me digais de lo que se trató en el banquete de Platon: ese hombre celestial propuso materias admirables, sin duda?

Rodó la conversacion, Alcibiades, contestó Xenofonte, sobre tu ausencia: unos la atribuian á la bella Teodata; otros á la sin par Lastenia.

No hay tales carneros! respondió Alcibiades: el hecho es que Pythia me mandó rogar pasase luego á su casa, por cuanto Aristóteles era víctima ese día de una de sus negras accesiones de tristeza.

Y saliste con tu empeño de disipar el nubarron? preguntó Speusippo, tomando la palabra por la vez primera.

Tanto, que la amargura fué luego convertida en dulce charla. Aquí teneis el honorario de esa visita: son estos nidos de golondrina sazonados á la manera de Corinto,

que me ha enviado Pythia para que os regale con ellos.

Presente de Pythia ! exclamó Cerécrates : gran cosa, por cierto.

Luego tomamos á la salud de Aristóteles, aun cuando no te creemos una tilde de la pajarota de la llamada ? dijo Antístenes.

Sonrió el libertino ; y sin insistir en su mentira notoria : « A la salud de Aristóteles ! »

Bebieron todos, y todos de buena voluntad, aun Speusippo, quien conocia muy bien la inquina que ocultaba en el corazon por él su sabio condiscipulo ; y dijo Cerécrates : En realidad de verdad, yo tambien quisiera ponerme al corriente del asunto que sirvió de fundamento á la conversacion de vuestro banquete anterior : Xenofonte, á ti la respuesta.

Dijéronse cosas grandes, respondió Xenofonte ; figúrate las ideas, las expresiones de Sócrates y Platon en materia tan elevada y fecunda como la verdad y la justicia. Fedon habló de Academia.

Cuán mezquinos fueron mis conceptos para con los tuyos, Xenofonte ? Si algo dije que valiese la pena de ser oido, el mérito de ello debió de estar en la materia misma, y no en mi palabra.

Si fué de la verdad, fué tambien de la mentira, volvió á decir Speusippo : de la mentira á la hipocresía no hay ni un paso. Póneseme ahora este vicio por delante, á causa que un bribon llamado Teócles me anda cogiendo las vueltas, por ver si no caigo en la red de sus ficciones y santas bellaquerías, por donde imagina sacar provecho de mi ingenuidad.

Teócles... Será quizá Estrátocles, el que los engatusó á los atenienses con la famosa mentira que nadie ha olvidado ?

Cuál fué esa mentira, si eres servido, Fedon ?

Cuál ? Speusippo gusta de oir lo mismo que sabe más que cualquiera. Los hay que tienen este curioso defecto. Pues sucedió que nuestra escuadra fuese destruida de remate cerca de Amórgos : sábelo Estrátocles secretamente, se echa una corona de laurel á las sienes, vuela al Cerámico, y allí : « Atenienses ! los dioses nos han concedido la victoria más cumplida que pudiéramos desear : la flota enemiga, hecha pedazos, ha dejado el campo á nuestras naves : nuestros soldados vuelven llenos de gloria. » Decreta en seguida regocijos públicos, distribuye pan y vino al pueblo loco de placer ; todo es alegría por Aténas. Dos dias despues llega la verdad desnuda : la escuadra ateniense ha sido echada á pique ; los que no muertos, prisioneros. Estrátocles, aherrojado, comparece ante el tribunal á dar cuenta de su impostura y sufrir en seguida la pena de la burla que habia llevado adelante. Atenienses ! dice, ¿ qué mal os he hecho con haberos proporcionado dos dias de gusto y abundancia ?

Pues yo quise saber de vosotros, dijo Speusippo, si mentiras como ésta requieren todo el rigor de la ley, y si el juez ha de descargar el brazo sobre el que las ha proferido ?

Estrátocles fué absuelto, respondió Cerécrates ; por donde venimos á colegir que su mentirilla habia sido del genio de los atenienses.

No del gusto, sino del genio, dijo encapotando la

frente un austero personaje que se habia dejado estar en inviolable silencio : los atenienses son cómicos de nacimiento y por naturaleza. No omitas, Cerécrates, el recordarnos que cuando ese farsante de Estrátocles hubo dicho lo que has referido, el pueblo batió las palmas, se rió hasta no más, y se fué por la ciudad haciéndose lenguas del bellaco que les habia dado de comer y beber por cuenta del erario, festejando la ruina de nuestra escuadra.

Ya sabia yo que Xenócrates no concurría en un mismo juicio con los atenienses, ni en ésta, ni en otras materias, dijo á su vez Antístenes : hasta cuándo, amigo, serás así tan rígido.

Luego tú apruebas la *mentirilla* de Estrátocles ? respondió Xenócrates con mucha cólera. Mentirilla... Yo le hubiera condenado al último suplicio al embustero sin entrañas. Acababa de hundirse el poder de Atenas, los lacedemonios se nos venian encima, y el muy bribon hace de tal desgracia asunto de una comedia.

Pero enfin, replicó Antístenes, qué mal les habia hecho á sus conciudadanos con darles dos dias de gusto y abundancia ?

Ninguno ! Alcibiades tampoco nos lo hace : pero nos ha traído á comer en su casa para brindar á la ruina de la patria ? Tú querrias una derrota nuestra cada semana, á efecto de que Estrátocles repartiase pan y vino.

Tente, amigo, dijo Alcibiades interviniendo ; no es cosa de ponernos hoy á echarle pasadores á nuestro pobre Antístenes.

Sonrióse Antístenes, y replicó por su parte : este Xe-

nócrates es el Xantipa de los filósofos : veamos si me tiras á la cabeza el cántaro de agua ?

Alcibiades echó el montante con el vaso de vino de Epidauro que sirvió á todos, proponiendo un brindis á la salud de las más bellas de las griegas.

Peor por ahí, volvió á decir Antístenes : Xenócrates va á pensar que este vaso de vino de Epidauro es de veneno.

Aludes á la aventura de Xenócrates con la hermosa Laís, esto está saltando á la vista, dijo Speusippo.

Cuál es esa aventura ? preguntó Fedon : Xenócrates las ha dado por correr aventuras ? Esto seria Timon enamorado del género humano.

Primero que Timon, Dion y Xenócrates sacrifiquen á las Musas, le hemos de ver á Alcibiades convertido y formal, respondió Cerécrates. Si Xenócrates me da permiso, contaré su aventura para los que aun no la saben.

Cuéntala, dijo secamente Xenócrates.

Pues ocurrió que un dia la hermosa Laís, oyendo hablar de la frialdad de este filósofo con las mujeres, apostó que daría al traste con su continencia, y metería fuego á ese monton sabio de nieve. De modo se ingenió la cortesana, que Xenócrates no pudo excusarse de ir á su casa. Ya os figurais si estarian puestos en campaña talento, hechizos y más campeones del amor, cuando iba de empresa de tanto bulto como domeñar al bravío filósofo. Xenócrates, bien como si las divinidades castas é inocentes le hubieran arrebatado la sangre al cielo, permanecia insensible á las miradas, sonrisas y maneras expresivas de la sin par hermosura. Cansada de

tanto hacer, despechada de no poder cosa con ese hombre raro, exclamó : Yo aposté que triunfaria de una criatura de carne y hueso ; con este pedazo de mármol, nada puede la belleza.

Dailoco no había proferido un término hasta entonces : al oír « belleza, » todos se volvieron hácia el divino griego que allí estaba ardiendo en escondido rubor, despues que, sin tener advertencia á las palabras que se le vinieron á los labios, había repetido en voz alta las de Laís : « Con este pedazo de mármol, nada puede la belleza. »

Y contigo hubiera podido algo ? preguntó Alcibiades maliciosamente. Dailoco bajó la vista y respondió : Nada.

Tenemos otro Xenócrates ! dijo Fedon. Pero tu cara no es para esas obras : has de traer fruncido el entrecejo, fosca la mirada, para que nada intenten Laís y las de su escuela.

A no ser que reciba lecciones de Alcibiades ?

Muchacho ! respondió éste á Dailoco, quien se había atrevido á echarle ese rehilete ; en Siracusa no se cultiva la ciencia del amor ?

Dailoco estaba hermosísimo entre irónico y avergonzado : Critóbulo le hubiera cedido la palma sin entrar con él en cuentas, y Autólico apenas hubiera sido osado á mirarle al rostro. Los grandes ojos del siracusano ardian en fuego negro : sus pestañas, largas, espesas, eran ondeadas hácia la mitad, y las puntas querian volverse hácia los párpados. La frente mediana, segun la

condicion de la hermosura entre los griegos : la nariz recta, perfecta, con las ventanas graciosamente infladas, para dar salida y entrada en porciones abundantes al primer elemento de la salud y la vida. La boca hubiera sido envidia de una reina jóven : los labios, abultadillos, eran como rosas abiertas con el sol de la mañana. Este conjunto de facciones primorosas estaba coronado por cabellera rubio-oscura, distribuida en anillos revueltos en magnífico desórden. Dailoco era el amor de Siracusa, y había sido la admiracion de Aténas, cuantas veces le vieran allí los hijos de esa ciudad adoradora de lo bello.

Xenócrates estaba fingiendo alto desden por el jóven que tenia cautivos á los demas. Tiempo tirado por la ventana, dijo, el que se emplea en estas frivolidades. Belleza... ¿qué es belleza ? Amor... ¿qué es amor ? Si me hablais de la del alma, hallareis en mí uno de sus esclavos. La de la mujer es prenda efímera que suelen tomar los incautos dando sobre ella tranquilidad, cordura, salud, y honra quizá. A mí no me subyugan sino las cosas de belleza permanente, y éstas son las divinas.

Puesto que Platon nos ha enseñado la inmortalidad, respondió Alcibiades, tiempo nos sobrará para la belleza y el amor de la otra vida, para los afectos y las pasiones inmortales : ¿ cómo quieres usurparle al cielo sus virtudes y placeres miéntras la tierra nos tiene sujetos á ella con el vínculo infrangible que tú llamas frivolidades y flaquezas ? Amigos ! una copa de este vino de Yámpolis á la caída de Xenócrates.

Alzóse alegre estruendo en torno de la mesa, y todos, puestos de piés, levantaron sus copas exclamando : A la caída de Xenócrates !

Rióse gravemente el inflexible griego, y dijo: No será ésta la primera que habreis bebido por cosas vanas: tomad el dulce yámpolis, ahora que por consejo de Hipócrates andamos relevados de los deberes que son nuestra regla comun; empero no olvidéis que una cosa es la libertad de la lengua en ratos de buen humor, y otra muy distinta el conjunto de acciones que califican á los hombres: fuera de la virtud no hay filosofía.

Fuera de la virtud no hay filosofía, repitieron todos, y alargaron el brazo hácia la urna que contenia el exquisito vino. Tomar una copa á la salud de los filósofos es apartarse de la filosofía?

De ninguna manera, Antístenes, respondió Xenócrates: la tomo contigo para que olvides mi sátira de poco há. ¡Pues no es bueno que te haya echado yo en cara la pobreza, que es el timbre de tu vida! No faltaba sino que te aconsejara enriquecerte á todo trance, á fin de que no tuvieras interes en las imposturas de Estratócles.

Si yo te echase en cara tu continencia, te enojarias, Xenócrates?

No; así como tú no has tomado á injuria el que yo te hubiese zaherido con tu pobreza. Yo sé muy bien que mil veces has podido hacerte de bienes de fortuna: si ahora no los tienes acopiados, es porque los desdeñas. Alcibiades, el rico, tomas á la pobreza de Antístenes?

De mil amores, respondió el achispado libertino, y tomaron él y cuantos eran sus huéspedes por la pobreza de Antístenes y la continencia de Xenócrates.

Alcibiades que acaba de brindar á la pobreza y la continencia de estos dos respetables varones, dijo Dailoco, ha tomado quizá otra ocasion por la fealdad de Sócrates?

La fealdad de Sócrates es belleza, convenidos estamos en esto, respondió Fedon; así es que tú eres de su gremio.

Ser de su gremio seria en mí triunfo mayor que esta mezquina hermosura que de nada me sirve. Dichosos los feos como ese hombre divino!

Jóven, respondió Xenócrates, con estas nobles palabras has alcanzado la corona de la filosofía: si así te sabes expresar, la perfeccion de tu alma no está léjos de ser igual á la de tu cuerpo.

Uvas de Arna, amigos, dijo Alcibiades; gustais de las uvas de Arna? Mirad estos racimos, cuán gordos y maduros.

Tan buenos como las de Histiea: gracia es la tuya, Alcibiades, ofrecer así á tus convidados las cosas más distantes y exquisitas.

Desgracia seria en mí no dejaros satisfechos. Contento quedaré si os agradareis de estos melocotones que á la verdad parecen estar chorreando almibar.

Sócrates se proponia ser el del silencio en este banquete, dijo Fedon: quién es el que ha hecho sus veces?

Todos miraron al rededor y fijaron la vista en Cármidas: Hola! dijo Speusippo, tú has hecho aquí de persona sin voz?

Todo oidos, Speusippo: he quedado hechizado por Xenócrates.

Luego no es Dailoco el que se lleva la palma! exclamó Antístenes.

En reuniones de hombres cuerdos, respondió Dailoco, no es el bien apersonado el que se la lleva; mas ántes el sabio y el virtuoso.

Bebieron todos la última copa de vino de Epidauro, y despidiéndose del dueño de casa despues de las abluciones de costumbre, salieron y se dispersaron por las calles de Atenas.

Fedon y Cerécrates iban juntos: desembocando en una plaza frente por frente al Partenon, he allí un hombre inmóvil en el atrio de este sublime edificio. Allí le tienes, dijo Cerécrates: cuántas horas lleva de estar hablando en silencio con los dioses?

Iba al convite, sin duda, respondió Fedon: Minerva le salió al paso y le dejó como muerto debajo del poder de la inspiracion divina. Déjale: impiedad seria despertarle de ese fecundo sueño. Pero la noche, que se acerca, replicó Cerécrates, puede serle perjudicial: vamos hácia él.

« Sócrates! Sócrates! » Volvió el maestro la cabeza sorprendido: Fedon, ¿qué haces aquí? y tú, Cerécrates... oh amigos...

Tú has comido mejor que nosotros, dijo Fedon: Alcibiades te agradece la puntualidad.

Alcibiades... ¿qué ha pensado de mí?

Que te hallarias por aquí en poder de tu Genio ó Divinidad propicia. Ahora á casa, maestro: Xantipa se está muriendo de inquietud.

EL BUSCAPIÉ

PRÓLOGO DE UN LIBRO INÉDITO TITULADO

ENSAYO DE IMITACION DE UN LIBRO INIMITABLE

Ó CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON Á CERVANTES